

pueblos nuevamente descubiertos todo lo que los Griegos nos han enseñado sobre la primera edad del mundo y sobre las costumbres de los bárbaros Escitas y Africanos.

Los testimonios recogidos por M. de la Condamine son muy notables; él los ha publicado con toda especificacion, y me atreveré á añadir que, si este viagero pasó en Francia é Inglaterra por hombre cuya curiosidad fué constantemente la mas activa, es considerado en Quito, pais que él mismo ha descrito, como el hombre mas sincero y verídico. M. Riveiro, astrónomo portugues que ha recorrido, treinta años despues que M. de la Condamine, el Amazona y los desaguaderos que por la parte del norte entran en él, ha confirmado en los mismos puntos, todo lo que el sabio Frances habia adelantado. Halló estas mismas tradiciones entre los Indios, y las ha recogido con tal imparcialidad, que no creo que las amazonas hayan formado una poblacion separada. No sabiendo lengua alguna de las que se hablan en el Orinoco y Rio Negro, no pude aprender nada de nuevo acerca de estas tradi-

ciones populares de *mugeres sin marido* ni del origen de las *piedras verdes*, que pasan como artículo de fe; sin embargo traeré á la memoria un testimonio moderno del padre Gili que no deja de tener fuerza. » Preguntando, dice este instruido misionero, á un Indio quaqua que naciones habitaban el rio Cuchivero, me nombró los Achirigotos, Pajuros y Aikeambenanos. Como yo sabia la lengua tamanaca, comprendí al momento el sentido de esta última palabra, que está compuesta y significa *mugeres que viven solas*. El Indio confirmó mi observacion, y contó que los Aikeambenanos eran una reunion de mugeres que fabrican cerbatanas y otros instrumentos de guerra. No admiten en su sociedad, sino una vez al año, á los hombres de la nacion vecina de Vokearos, á quienes despiden regalándoles cerbatanas. Todos los niños varones son asesinados de tierna edad. » Esta historia está como estampada sobre las tradiciones que circulan entre los Indios de Marañon y los Caribes; sin embargo el Indio quaqua, de quien habla el padre Gili, ignoraba el castellano; no habia tenido jamas comunicacion al-

guna con hombres blancos ni sabia ciertamente que al sud del Orinoco existiese otro rio que se llama Aikeambenanos ó de las Amazonas.

¿Que consecuencia sacaremos de esta relacion del antiguo misionero de la Encaramada? No sera la de que hay amazonas en las riberas del Cuchivero; pero sí, que una gran porcion de mugeres, cansadas de la esclavitud á que las condenan los hombres, se han reunido como los negros fugitivos en un palenque, que el deseo de conservar su independenciam ha hecho guerreras, y que han recibido de alguna horda vecina y amiga visitas, quizá con menos método que el que nos anuncia la tradicion. Basta que esta sociedad de mugeres haya adquirido alguna fuerza en una parte de la Guyana, para que algunos acontecimientos muy sencillos, que han podido repetirse en diferentes lugares, hayan sido pintados de un modo uniforme y exagerado.

Pasamos tres noches en San Carlos del Rio Negro; cuento las noches porque las pasé despierto con la esperanza de aprovechar el paso de una estrella por el meridiano. Para no tener de que

arrepentirme, tenia siempre dispuestos los instrumentos para la observacion; pero no pude conseguir dobles alturas para concluir la latitud por el método de Douwes.

Cargóse nuestra piragua durante la noche del 10 de mayo, y nos embarcamos un poco antes de salir el sol para subir el Rio Negro hasta la embocadura del Casiquiare y para entregarnos á investigaciones acerca del verdadero curso de este rio que une el Orinoco al Amazona. La mañana estaba hermosa, pero á proporcion que el calor se aumentaba empezaba el cielo á cubrirse; y el aire está tan saturado con el agua en estos bosques, que los vapores vesiculares se hacen visibles con el mas leve aumento de la evaporacion en la superficie de la tierra. Como no se siente jamas la brisa, los bancales húmedos no se reemplazan ni se renuevan con un aire mas seco. Este aspecto de un cielo cubierto nos entristecia cada dia mas. M. Bonpland perdía, por la mucha humedad, las plantas que habia recogido, é yo por mi parte temia encontrarme en el valle del Casiquiare las nieblas del Rio Negro. Hace medio siglo que nadie dudaba

ya en estas misiones de la comunicacion que existe entre dos grandes sistemas de rios: el objeto importante de nuestra navegacion se reducía á fijar por observaciones astronómicas el curso del Casiquiare, particularmente el punto de su entrada en el Río Negro, y el de la division del Orinoco. Sin ver el sol y las estrellas no podia verificarse nuestro intento y nos hubiéramos expuesto inútilmente á largas y penosas privaciones. Nuestros compañeros hubieran querido volver por el Pimichim y los pequeños rios como el camino mas corto; pero M. Bonpland prefirió, como yo, persistir en el plan de viage que nos habíamos propuesto, salvando las grandes cataratas. Habíamos hecho ya en una canoa ciento ochenta leguas, desde San Fernando de Apure á San Carlos (sobre el Apure, el Orinoco, Atabapo, Temi, Tuamini y el Río Negro). Entrando en el Orinoco por el Casiquiare teníamos aun que navegar 20 leguas de San Carlos á la Angostura. En este camino teníamos que lidiar diez dias contra las corrientes, y todo lo demas teníamos que hacerlo bajando el Orinoco. Hubiera sido una cobardía temer

un cielo obscuro y los *mosquitos* del Casiquiare. Nuestro piloto indio, que poco hacia habia estado en Mandavaca, nos aseguraba de ver el sol y « estas grandes estrellas que destruyen las nubes, » tan luego como hubiésemos salido de las aguas negras del Guaviare. Ejecutamos pues nuestro proyecto de volver á San Fernando de Atabapo por el Casiquiare, y afortunadamente para nuestras investigaciones, la prediccion del Indio se verificó. Las aguas blancas nos atrajeron poco á poco un cielo mas sereno, estrellas, mosquitos y cocodrilos.

Pasamos por las islas Zaruma y Mini ó Mibita, cubiertas de una espesa vegetacion; y despues de haber subido los raudales de la *pedra de Uinumane* entramos en el rio Casiquiare á ocho millas de distancia del fortin de San Carlos.

Encontramos algunos líquenes sobre la roca Uinumane, al frente de la isla Chamanara, en la orilla de los raudales; y como el Casiquiare cerca de su embocadura vuelve precipitadamente del este al sudoeste, vimos en él por la primera vez este brazo magestuoso del Orinoco en toda su anchura. Cerca de los raudales de

Unumane, su anchura es casi mayor que la del Rio Negro; y hasta encima de Vasiva la he encontrado por todas partes de 250 á 280 toesas.

La mision de San Francisco Solano, situada sobre la orilla izquierda del Casiquiare, fué nombrada así en honor de uno de los gefes de la *expedicion de los limites*, don José Solano, de quien hemos tenido muchas veces ocasion de hablar en esta obra. Este oficial instruido no ha pasado jamas de San Fernando de Atabapo, ni visto las aguas del Rio Negro, del Casiquiare, ni las del Orinoco al este de la embocadura del Guaviare. Por una equivocacion fundada en la ignorancia que tenian algunos geógrafos de la lengua española, han creido encontrar en el célebre mapa de La Cruz Olmedilla las huellas de un camino de 400 leguas de largo, por lo que quieren probar que don José Solano llegó al nacimiento del Orinoco, á la laguna Parima ó Mar Blanco, á las riberas del Cababuri y del Uteta. La mision de San Francisco se fundó, como la mayor parte de los establecimientos cristianos al sud de las grandes cataratas del Orinoco, no por los frailes, sino

por la autoridad militar. Cuando *la expedicion de los limites* se construyéron pueblos á medida que un subteniente ó un cabo avanzaba con su tropa. Una parte de los indígenas, por conservar su independecia, se retiráron sin combatir, y otros, cuyos mas poderosos gefes se habian ganado, se agregáron á las misiones.

Los indígenas con quienes se estaba en paz, establecian sus labranzas al rededor de la casa fuerte, y los soldados los reunian al son de una bocina cuando temian ser atacados por algun enemigo. De este modo se hallaban los supuestos diez y nueve establecimientos cristianos, fundados por don Antonio Santos en el camino de la Esmeralda á Everato; y algunos destacamentos militares que no tenian influjo alguno sobre la civilizacion de los indígenas figuraban sobre los mapas y en las obras de los misioneros como *pueblos* y redicciones apostólicas. La preponderancia militar se sostuvo sobre las riberas del Orinoco hasta 1785, en que empezó el régimen de los religiosos de san Francisco; y las pocas misiones fundadas, ó antes bien, restablecidas desde esta época, se deben

á los padres de la observancia, porque en el día los soldados divididos en las misiones dependen de los misioneros, ó á lo menos son considerados como tales segun las pretensiones de la gerarquía eclesiástica.

Los indios que encontramos en San Francisco Solano eran Pacimonaes y Cheruvichahenas, dos naciones enteramente diferentes. En una de las cabañas de los primeros hicimos la adquisicion de dos grandes y hermosas aves, de un toucan (piapoco) vecino de ramphastos, erythrorynchos, y del ana, especie de ara de 17 pulgadas de largo, con todo el cuerpo de color de púrpura, como el P. macao. Teníamos ya en nuestra piragua siete papagayos, dos gallos de roca (pipra), un motmot, dos guanes ó *pavas de monte*, dos manavirés (cercoleptes ó *vivera caudivolvula*) y ocho monos, á saber, dos ateles, dos titis, una viudita, dos duruculis ó monos nocturnos y el cacajao de cola corta. El padre Zea se quejaba de verse aumentar todos los días este corral de animales ambulantes. El toucan tiene las costumbres y la inteligencia del cuervo, y es un animal va-

liente y fácil de domesticarse. Su largo y fuerte pico le sirve para defenderse de lejos. Se hace dueño de la casa y roba cuanto puede; gusta de bañarse muchas veces y pescar á la orilla del rio. El que habíamos comprado era muy jóven, y sin embargo se divertia durante la navegacion en impacientar á los cusicusis, monos nocturnos que son tristes y coléricos. No he comprendido como el toucan se ve obligado por la estructura de su pico, segun se dice en algunas obras de historia natural, á arrojar su alimento al aire para poderlo tragar. Es cierto que tiene bastante dificultad para levantarlo del suelo; pero cuando ya se ha apoderado de él, lo levanta con la punta de su enorme pico, é inclinando hácia atras la cabeza, lo tiene perpendicularmente hasta que lo ha tragado. Hace gestos tan extraordinarios cuando se prepara á beber, que los frailes dicen que él hace la señal de la cruz sobre el agua; y esta creencia popular ha valido al toucan por parte de los criollos el nombre de *Dios te dé*.

La mayor parte de nuestros animales estaba encerrada en pequeñas jaulas de mimbre, y el

resto recorría todos los puntos de nuestra piragua. Cuando se acercaba la lluvia, daban las aras espantosos gritos, el toucan quiso saltar para pescar á la ribera y los monos titis buscaban al padre Zea para refugiarse en las anchas mangas de san Francisco. Estas escenas se repetían á menudo y nos hacían olvidar los tormentos mosquitos. Por la noche en el bivaque se colocaba en el centro un grande cajon de cuero, ó sea *petaca*, que encerraba nuestras provisiones, además de los instrumentos y jaulas de los animales; nuestras hamacas estaban colgadas al rededor y mas lejos las de los Indios. El círculo exterior se formaba de fuegos encendidos para libertarse de los jaguares del bosque. Tal era la disposición de nuestro bivaque en las orillas del Casiquiare.

El 11 de mayo salimos bastante tarde de la mision de San Francisco Solano para hacer nuestra pequeña jornada, y no quisimos separarnos de la embocadura del Casiquiare porque esperábamos observar durante la noche el paso de alguna estrella por el meridiano.

La velocidad de la corriente era de 6, 3 pies

por segundo, y tuvimos que luchar contra las oleadas que formaban un grande clapotis en el raudal. Pusimos pié en tierra, y M. Bonpland descubrió á pocos pasos de la orilla un *almendron*¹, ó tronco de *bertholletia excelsa*. Los Indios nos aseguraron que se ignoraba en San Francisco Solano, Vasiva y la Esmeralda la existencia de este precioso vegetal en las márgenes del Casiquiare, y no creían que un árbol de mas de 60 pies de altura pudiese haber sido sembrado accidentalmente por un viajero. Por experiencias hechas en San Carlos se sabe cuan difícil es la reproducción del *bertholletia*, por lo leñoso de su pericarpo y la facilidad con que se enrancia el aceite que encierra su almendra. Es posible que este tronco anunciase la existencia de algun bosque de este árbol en el interior de las tierras al este y nordeste; lo que sabemos con certeza es que él es salvaje sobre el paralelo de 3° en los cerros de Guanaya.

Las orillas del Casiquiare estan adornadas con el coco chiriva, cuyas menudas hojas son plateadas por la parte superior.

¹ Juvita.

Como la serenidad del tiempo nos prometia una hermosa noche resolvimos preparar nuestro bivaque á las cinco de la tarde junto á la piedra *Culimacari*, que es una roca granítica y aislada como todas las que acabo de describir entre Atabapo y Casiquiare, la cual se halla exactamente por los $2^{\circ} 0' 42''$ de latitud, y probablemente por los $69^{\circ} 33' 50''$ de longitud. En dos memorias redactadas por mí y dirigidas, una al capitan general de Caracas, y otra al ministro secretario de estado, el caballero de Urquijo, he descrito todo cuanto tenian de interesante estas determinaciones astronómicas con respecto al conocimiento de los límites de las colonias portuguesas.

Satisfechos de nuestras observaciones dejamos la roca de *Culimacari* á la una y media de la noche del 12 de mayo; y el tormento de los mosquitos, á que de nuevo nos habíamos expuesto, se aumentaba á proporcion que nos alejábamos del Rio Negro. Aunque en el valle del Casiquiare no hay *zancudos* (*culex*), son mucho mas frecuentes y mas venenosos los simulies y demas insectos de la familia de los tipu-

larios. Como teníamos todavía que pasar ocho noches al raso en este clima húmedo y mal sano antes de llegar á la mision de la Esmeralda, se alegraba mucho el piloto en dirigir nuestra navegacion de modo que pudiésemos gozar de la hospitalidad del misionero de Mandavaca y de algun abrigo en la villa de Vasiva. Mucho trabajo nos costó en subir contra la corriente que era de nueve pies, y aun en algunos puntos (donde lo he medido con precision) de once pies y ocho pulgadas por segundo, lo que equivale á cerca de ocho millas por hora. Nuestro bivaque no estaba separado probablemente tres leguas en línea recta de la mision de Mandavaca, y aunque no teníamos motivo para quejarnos de la actividad de nuestros remeros empleámos catorce horas en este corto pasage.

Al salir el sol pasámos la embocadura del rio Pacimoni, que nace en un terreno montuoso y del confluente de tres pequeños rios¹ que los mapas de los misioneros pasan en silencio; sus aguas son negras, aunque no tanto como las de la laguna del Vasiva, que comunica tambien

¹ Guajavaca, Moreje y Cachevaineri.

con el Casiquiare. Antes de llegar á la mision de Mandavaca pasámos unos raudales bastante tumultuosos, y el pueblo, que tambien se llama Quirabuena, no tiene mas que sesenta naturales. El estado de estos establecimientos cristianos es generalmente tan miserable, que en todo el curso del Casiquiare, sobre una largura de 50 leguas, apénas se encuentran 200 habitantes; pero las riberas de este rio eran mucho mas pobladas antes de la llegada de los misioneros. Los Indios se han retirado á los montes, hácia el este, porque las llanuras del oeste estan casi desiertas; y los naturales se alimentan de estas grandes hormigas de que hemos hablado mas arriba. Estos insectos son tan estimados allí como lo son en el hemisferio austral las arañas de la tribu de los Epeiros, que hacen las delicias de los salvages de la Nueva Holanda. Fué en Mandavaca donde encontramos esté buen viejo misionero que habia pasado « veinte años con místicos en los bosques del Casiquiare, » y tenia las piernas tan atigradas que apénas se conocia el color de la blancura de su piel. Nos habló del aislamiento y de la

triste necesidad en que se hallaba de dejar impunes en las dos misiones de Mandavaca y Vasiva los crímenes mas atroces. Hacia pocos años que en el último lugar un alcalde indio habia comido una de sus mugeres despues de haberla conducido á su conuco¹ y haberla alimentado bien para engordarla. La antropofagia de los pueblos de la Guyana no procede jamas de la falta de alimento, ni de las supersticiones del culto, como en las islas del Mar del Sud, sino de la venganza en general del vencedor y, como dicen los misioneros, de un apetito desordenado. La victoria sobre una horda enemiga se celebra con una comida en que se devoran algunas partes del cadáver de un prisionero. Otras veces se sorprehende una familia, ó se quita la vida con una flecha envenenada á un enemigo que se encuentra por casualidad en los bosques, hacen pedazos el cadáver y lo llevan en triunfo á la cabaña. Estos mismos salvages detestan todo lo que no pertenece á su familia, ó su tribu;

¹ Cabaña cercada de tierras cultivadas; especie de casa de campo que los indigenas prefieren á la mansion de las misiones.

persiguen á los Indios de una poblacion vecina que viven en guerra con la suya, del mismo modo que nosotros perseguimos la caza. Conocen los deberes de familia y de parentesco, pero no los de la humanidad que suponen la conciencia de un vínculo general entre nuestros semejantes. Ningun movimiento de piedad les impide quitar la vida á las mugeres ó hijos de una raza enemiga, y estos últimos son los que se comen con preferencia en los banquetes dados al fin de un combate, ó de una incursion lejana.

Sábese que la antropofagia y el hábito á los sacrificios humanos, que se hallan allí reunidos, se encuentran en todos los puntos del globo y en pueblos de razas diferentes; pero lo que mas llama la atencion en el estudio de la historia es el ver que los sacrificios humanos se conservan en medio de una civilizacion bastante adelantada, y que pueblos que se honran en devorar los prisioneros, no son siempre los mas estóridos y feroces. Esta observacion tiene algo de triste y penoso, y no se ha ocultado á los misioneros que son bastante ilustrados para meditar acerca de las costumbres de las poblaciones inmedia-

tas. Los Cabres, Guaipunabis y Caribes han sido siempre mas poderosos é ilustrados que las demas hordas del Orinoco, y sin embargo los dos primeros son tan inclinados á la antropofagia, como los otros constantemente separados de ella. Es preciso distinguir con cuidado entre las diferentes ramas en que se divide la gran familia de los Caribes, que son tan numerosas como las de los Mongolos y Tártaros occidentales, ó Turcomanes. Los Caribes del continente que habitan las llanuras entre el bajo Orinoco, Rio Branco, Esquibo y el nacimiento del Oyapoc, tienen horror á la costumbre de devorar á los enemigos. Esta barbaridad no existia en el primer descubrimiento de América, sino en los Caribes de las islas Antillas, y son ellos los que han hecho sinónimas las palabras canibales, caribes y antropófagos, dando lugar, por sus crueldades, á la promulgacion de la ley de 1504, por la que es permitido á los Españoles hacer esclavos á todos los Americanos de origen caribe. Creo sin embargo que la antropofagia de los habitantes de las Antillas se ha exagerado demasiado en los cuentos de los *primeros viajeros*.